

El *Conócete a ti mismo* que campeaba en Delfos es la base de todo el sistema. Lo he dicho ya refiriéndome a Tucídides y a todos los demás. Pero un *Conócete a ti mismo* que se inserta en una visión de conjunto, en una suma de la que cada parte es indesligable, pues como escribía Mathew Arnold, ellos —los griegos— vieron la vida en su totalidad, y en eso consisten su acierto y su grandeza imperecedera.

Grecia establece un principio que creo esencial, y que me parece muy provechoso meditar sobre ello en estos momentos cuando Occidente se despeña como nunca por las simas de la degradación y el mal gobierno: la exigencia de desigualdad. Hay un hecho que acaso sea una conquista en el camino de la legitimidad de una sociedad: la igualdad de los hombres ante la Ley. Este principio quizá pudiera discutirse, pues ser iguales ante la Ley (como la igualdad de oportunidades en la enseñanza) a veces es desigualdad y un perverso desequilibrio de las verdaderas Libertades. Pero, en fin, dejando eso, y aceptando la igualdad ante la Ley, lo que Grecia enseña es que esa igualdad no incluye la rectificación de la natural desigualdad de la Naturaleza y de la Vida, y que nunca debe vulnerarse la división y la jerarquía entre calidades espirituales de diversas categorías. Hay hombres que consitutivamente son superiores, más inteligentes, más bondadosos, más equilibrados, superioridad que la educación acrecienta y afirma, y ellos son los designados por el destino para regir a los demás hombres, para evitar sus errores y tratar de procurarles un marco histórico donde sea posible la Felicidad. Esos seres destinados a ser la guía y el gobierno de la comunidad tienen como cualidad esencial el sentido del deber, y en él, algo que Grecia señalaría como fundamental: la *Eunoia*, que vendría a ser el lazo de la Fidelidad que une indisolublemente al Rey y a sus súbditos.

Hasta aquí vemos ya dos piedras angulares en la educación del Príncipe: de alguna forma se nace para gobernar pero es necesaria una educación que profile esas condiciones. La educación, que por supuesto nada tiene que ver con el desastre que actualmente se considera Enseñanza, es el planteamiento de una meta sublime: el hombre como debe ser; imagen que, y ya hablé antes de ello, incluye la belleza como rasgo esencial, como norma del ideal.

Ese sistema lo encontraremos en el Imperio Romano y en la mejor forma de gobierno que sería la Monarquía Electiva, pues quién mejor que el propio soberano puede designar a su sucesor. Y lo encontraremos en las mejores cabezas del pensamiento europeo posterior; por poner un ejemplo, pienso en Shakespeare, que totalizó la experiencia Renacentista. Shakespeare se encontró ya un mundo distinto, sin Dios o dioses, pero su meditación histórica tiene muy en cuenta esta teoría de la legitimidad por la consecución de un orden justo.

Pensemos en la serie de los Ricardo III y Enrique IV. Las conclusiones que Shakespeare nos propone seguramente no las hubiera alumbrado un griego, pues éstos no vivían el Universo arrasado, cruel y sin esperanzas que nuestro inglés, pero por ello acaso sea interesante detenernos en el pensamiento que parece desprenderse de la obra histórica de Shakespeare, porque lo que sí es el patrimonio, y el mejor, del legado helénico, es su adaptación perfecta de aquellas conclusiones a un mundo que, en lo que nos atañe, está mucho más cerca y es palmariamente más semejante al nuestro.

Permítanme ustedes leer algo que hace tiempo escribí sobre este particular:

Shakespeare llegó a unas dolorosas convicciones: el hombre es una extraña criatura en cuyo corazón, que con facilidad sucumbe a la tentación del mal, de la crueldad, la misericordia y la justicia ocupan un desamparado baluarte que suele ser aniquilado. Por eso Shakespeare, dejando muy claro que la sociedad ha de dar cabida a los sueños, a la libertad, a la alegría, apuesta por un gobierno poderoso que impida el engorde de aquellos elementos que pueden hacer saltar la frágil costra de la civilización, la débil costra que taponan los instintos bestiales. Por eso defiende una sociedad jerarquizada y la indiscutible legitimidad de la cúspide del Poder, la Corona.

Así, todas sus obras sobre este tema, centradas en la historia de Inglaterra, basándose en las crónicas de Holinshed y Hall, y también cuando parte de Plutarco y otros, irán perfilando las condiciones de quien, como ustedes deducirán, era la pieza principal del rompecabezas: el Rey. Porque el Rey garantizaba ese orden o causaba el desastre. Y esa meditación la establece, o nosotros así podemos imaginarlo para entendernos mejor, la establece, repito, en dos caminos convergentes. Acotarán casi por completo el período que va desde Ricardo II a la caída de Ricardo III, esto es, la Casa de Lancaster, la Guerra de las Dos Rosas y el advenimiento de los Tudor.

De alguna forma, ya en los *Enrique VI* empieza a establecerse la meditación sobre la fuerza o la debilidad del Poder. O la Corona es fuerte o como en el caso del débil Enrique, caerá ante otros pretendientes, dejará la puerta abierta a que otro, más fuerte, más astuto, con menos escrúpulos, como Ricardo —y eso lo veremos en *Ricardo III*— se la arrebate. Así sobreviene la Tiranía, que es, como dice en *Julio César*, cuando se separa el Poder de la Conciencia. La única salida serán la guerra y la destrucción hasta deponer al tirano.

Mucho más sutil será en *Ricardo II*, los dos *Enrique IV* y ese himno que es *Enrique V*. Ahí se pone en marcha una meditación de un alcance a mi parecer todavía no superado.

Los tres *Enrique VI* más *Ricardo II* son la historia espantosa de una guerra civil. Shakespeare describe la Guerra de las Dos Rosas que asoló a su patria y decapitó a la aristocracia guerrera afirmando el poder de la burguesía. El tema se había tocado ya en la escena inglesa, incluso se adjudica alguna obra al gran Marlowe. A lo largo de esas cuatro piezas presenciamos la descomposición de un mundo donde los nobles pelean y mueren y con ellos sus facciones. Es, y creo que Shakespeare así se lo propuso, un tratado sobre la crueldad ciega, porque nos deja mucho más claro que otros que se han ocupado del tema, que en el orgullo de la nobleza ya no tenían sitio los intereses de sus súbditos, lo que es el síntoma más evidente de su descomposición. El mundo es un escenario sin ley donde vence el más cruel, o el más fuerte, y donde sin una Corona firme (e ineptos son Enrique VI y el cruel Eduardo IV) el más decidido, el más inmortal, como Ricardo de Gloucester, se hace con el poder.

Su análisis de lo que sucede cuando el poder es débil y permite que engorden las fuerzas del Mal, lo veremos en *Ricardo III*. Ahí va mucho más allá del retrato de un megalómano renacentista. Porque Ricardo es consciente de que existe un mecanismo del Poder, un mecanismo manipulable; y lo usará sin escrúpulos. Eso es posiblemente lo primero que nos deslumbra en *Ricardo III*: su inmediatez, su actualidad. Quiero de-

cir que la trágica historia de Gloucester, encumbrado con la ayuda de unos intrigantes indignos como Buckingham y demás silenciosos y acobardados segundones, es una crónica que conocemos muy bien porque los tiempos se han atrevido a repetirla en un pavoroso *in crescendo* de vileza.

*Ricardo III*, autopsia de un golpe de Estado, establece una incuestionable meditación sobre qué legítima a una Corona: no el nacimiento, pues vemos que un rey puede ser depuesto y que otro puede surgir del asesinato de su predecesor: sino su capacidad de gobierno. Ricardo III no es diferente ni más cruel que muchos otros reyes. Pero su conquista del poder no lleva a la grandeza, sino al horror, porque como antes he dicho, citando a Shakespeare, separa el Poder de la Conciencia. Sir Thomas More ya había tocado también este tema. Ricardo III es un conspirador ambicioso y desalmado que busca el poder a cualquier precio. Y quizá lo más inapelable de esas páginas magníficas sea el descubrimiento de que esa tiranía puede alcanzarse —aunque después no perdure— siempre que exista alguien lo suficientemente decidido y sin escrúpulos como para apagar su conciencia. Porque la disposición del hombre para mantener la dignidad de su libertad es débil cuando le va la vida en ello, o al menos, son minoría y por lo tanto, pobre defensa —aun cuando a la larga y por la propia erosión de la tiranía, su ejemplo sirva para movilizar al resto de la sociedad—, pobre defensa, repito, esos pocos que se enfrentan al tirano como para impedir su victoria. Y cuán endeble es esa resistencia de la mayoría, Shakespeare lo señala de forma incuestionable al ofrecernos el espectáculo de que en ese camino hacia el espanto, quizás el primer sorprendido sea el propio Ricardo. Ni en su más abominable delirio había llegado a vislumbrar el poder del miedo. Y puede que no sólo del miedo: el poder del Poder. Lo descubrirá atónito en esa asombrosa escena cuando junto al cuerpo de Eduardo, Príncipe de Gales, a quien el propio Ricardo, con ayuda de Clarence, lord Hastings y sir Thomas Grey había asesinado, somete la voluntad de su viuda, lady Ana. No es extraño que Ricardo vea entonces su destino al alcance de su mano. Ha comprendido que al pinchar con su daga, nada se resistirá. El gran secreto: la vileza. Entonces lanza su apuesta pavorosa: *All the world to nothing!* El Universo contra la Nada. Un Universo que le será servido en bandeja cuando con la complicidad de Buckingham, y el no menos servil Lord Mayor, en la pantomima del castillo de Baynard, le ofrezcan la corona. Es uno de los momentos soberbios del mejor Shakespeare. Ricardo aceptará esa corona, pero consciente de la abyección atemorizada que se la entrega, dice que jamás le reprochen lo que pueda suceder. Es un momento de tan alta comprensión de la Historia como cuando antes, en el asesinato de Clarence, reproduce sin adornos la más despiadada lección de los caminos del Poder. O como el asesinato de Hastings. Y todos morirán. Clarence, los herederos, la nobleza. Hasta el mismísimo Ricardo. Sangriento camino hasta la próxima legitimidad.

Hemos visto ese mecanismo funcionar en muchas otras ocasiones, algunas muy cercanas. Esa astuta decisión, ese, por qué no decirlo, profundo conocimiento de la infamia humana y de las posibilidades de utilizarla. Es el paisaje de la destrucción. Y creo que de la historia de esa destrucción podemos obtener la más dura lección: lo fácil que resulta a un indeseable sin escrúpulos aprovechar los frágiles resortes morales de la na-

ción para lograr sus fines mediante el terror. Es algo que ya había explicado muy bien Tácito. El precio del desorden, el precio del silenciamiento de la conciencia.

*Macbeth* llevará estos argumentos al paroxismo. Porque en *Macbeth* el violador de ese orden, el asesino terrible, es mucho más que un arribista; es un espíritu notable, y precisamente que se trate de un alma grande, amplía las dimensiones de la reflexión. Porque pese a su innegable grandeza, no puede evitar, desde el instante en que decide adentrarse por el camino del Mal, ir hundiéndose cada vez más en ese pantano de sangre que será su reinado. Shakespeare dice: no se vulnera impunemente el orden moral: esa violación pervierte toda posibilidad de restauración moral sin una larga expiación. Porque ha abierto puertas que sólo conducen al horror. O con frase de Victor Hugo: ha desenjaulado el hambre del monstruo, de ese monstruo siempre posible en el hombre.

Qué lección tan necesaria en esta época nuestra fascinada por hundirse en el salvajismo. La transgresión del orden moral conduce inevitablemente, fatalmente, como vio Chesterton, no a la libertad, sino a la hecatombe. Como nuestro siglo, *Macbeth* es un testigo del Mal, de la fascinación del Mal. Ricardo no vuela a esa altura, no hay grandeza en su destino. Quiere el Poder. Y el camino hacia ese trono es un camino de sangre, que acepta. Lo recorrerá apoyado en los cobardes intereses que imaginan engrandecerse con su complicidad. El problema de *Macbeth* es más complejo: el hambre de ese monstruo no queda saciada sólo con el Poder. Por eso vemos qué distinto es el comportamiento de Ricardo y el de *Macbeth* cuando pierden sus batallas. Ricardo quiere huir, daría su vida por un caballo; si escapa intentará en otro sitio otra escalada bestial. *Macbeth* no huye. Sabe que no hay sitio para él. Ha besado la boca del espanto. Cuántos terroristas comprenderían muy bien lo que quiero decir con estas palabras.

Hemos estamos viendo ese mismo desolado paisaje. En estos momentos cuando privan los más oscuros designios y lo peor del hombre es venerado como ejemplar, qué necesaria es la lección de Ricardo y más aún la de *Macbeth*. El Poder sin Conciencia. Lo hemos visto en la historia europea de este siglo, lo hemos padecido en nuestra propia carne. Por eso somos nocturnos, como *Macbeth*. La noche en que se hunde la civilización. Somos los insomnes, como *Macbeth*, de esa madrugada helada.

Piensen ustedes en el parecido de la tragedia de Ricardo con una hipotética tragedia de Hitler, o de Stalin, o de otros energúmenos más familiares de menor talla pero no menor abyección. La filosofía política de Shakespeare, y es lo que quiero que comprendan ustedes, nos enseña la más dolorosa y precisa lección. Lo veremos aún en los dos *Enrique VI*. Shakespeare nos advierte: es oscuro el camino de los reyes, del poder, está empapado de sangre, pero sólo con alguno de ellos y bajo muy determinadas circunstancias, podemos vivir una época sin el ritual acuchillamiento. Esas condiciones se encargará en *Ricardo II* y los dos *Enrique IV* de establecerlas de forma definitiva.

*Ricardo II* es la primera obra absolutamente perfecta de Shakespeare. Cuenta la historia del rey Ricardo, depuesto por Enrique Bolinbroke, que inició la Casa de Lancaster. Ricardo es un personaje muy complejo. No cabe duda de que es un mal rey, tiene numerosos defectos, es injusto, superficial, carece de sentido del trono, es irresponsable, débil, codicioso, voluble, ajeno al bienestar de sus súbditos. En su hundimiento